
PRESENTACIÓN

El N° 13 de *Arqueología y Sociedad* condensa un conjunto de artículos referidos a diversos aspectos de las sociedades andinas, de las diversas regiones y períodos del proceso cultural, desde el más temprano poblamiento del territorio hasta el presente.

Arqueología y Sociedad hace alusión a la necesaria vinculación existente entre la cultura material, que sirve de medio, y la sociedad, el verdadero objeto del estudio arqueológico. Como en toda disciplina científica, la investigación arqueológica comprende niveles sucesivos: La recuperación de los materiales mediante excavaciones, el análisis y descripción de éstos; la interpretación o conversión de los datos en hechos históricos; la comparación y la explicación en términos de procesos sociales. Aproximación que debe ser enfocada en conjunto para que alcance los fines que toda investigación arqueológica debe proponerse, contribuir al conocimiento histórico de las sociedades andinas prehispánicas. En este sentido, la denominada «Arqueología Testimonial», asumida por algunos arqueólogos, que abogan por una arqueología descriptiva, tanto de la arquitectura de un sitio como de los materiales recuperados, no viene a ser sino la primera fase de un trabajo de investigación. Es posible que detrás de esa calificación esté latente la preocupación de ciertos profesionales por asegurarse el acceso a los datos que les permitan proseguir con las siguientes fases, convertirlos en información histórica y hacer las interpretaciones sociales.

Creemos que esta diferenciación en el quehacer del arqueólogo ha devenido en un país donde los programas de evaluación, liberación y rescate de sitios arqueológicos han adquirido dimensiones alarmantes. Frente a la permanente destrucción y desaparición de las diferentes clases de sitios arqueológicos y la intervención de arqueólogos, exclusivamente dedicados a esta labor, y que pasan de un proyecto de liberación a otro, justo es que se reclame que, por lo menos se cumpla con la primera fase del trabajo de investigación, mediante la entrega de la documentación, prolijamente elaborada, sobre las excavaciones realizadas, de modo que se garantice el contexto de los materiales y la adecuada descripción de éstos. El Instituto Nacional de Cultura y los Museos, donde este material sea depositado, debieran tener en sus archivos esta información básica. El no exigirla, como viene ocurriendo, es avalar una destrucción oficial del patrimonio arqueológico de la nación. Ya no son los huaqueros únicamente los destructores, ahora son algunos arqueólogos para quienes el trabajo consiste en liberar un terreno de los materiales culturales que éste contiene y cumplir con entregar aquellos materiales al Instituto Nacional de Cultura, acompañado de un informe con la descripción de las excavaciones, la mayor de las veces incompleta o imprecisa. A la vez que se viene depositando los materiales en un museo, tácitamente se deja para las calendas griegas la responsabilidad de su análisis. El afán de pasar de un proyecto de liberación al siguiente, en un medio donde, ade-

más, no se ha normado la distribución oficial de éstos, ha traído consigo la conformación de consorcios vinculados a las autoridades de turno. Un verdadero negociado a expensas de la desaparición del patrimonio monumental de la nación y de cuantiosa información histórica.

La carencia de un organismo colegiado, que reúna a los arqueólogos del país y de la normatividad ética que debe imperar en el desenvolvimiento profesional es uno de los motivos que contribuyen a la crisis de la conservación del patrimonio arqueológico. El evitar cuestionamientos sobre acciones profesionales, reñidas con la conservación de los bienes culturales ha llevado a la permanente oposición de aquellos profesionales a la organización del Colegio de Arqueólogos, que fuera creado mediante ley el año 1986. Desde entonces han coadyuvado a su inexistencia personalidades del escenario político nacional, vinculadas al tráfico ilícito de bienes culturales. Así como estos dos tipos deferentes de intereses han coincidido en la destrucción del legado cultural de los peruanos, también se han aunado en trabar el funcionamiento del Colegio Nacional de Arqueólogos.

La importancia de las civilizaciones desarrolladas en el territorio peruano, de sus contribuciones en los campos de la tecnología agraria, la organización social, la integración socioeconómica, etc. esperan todavía recibir de este país la atención que merece. Tenemos los sitios arqueológicos más impresionantes de América del Sur pero también los menos conocidos por propios y extraños. Viene a visitarlos la mitad de los turistas que llegan a los países vecinos. No podía ser de modo diferente cuando raros sitios tienen en el Perú programas permanentes de investigación. Las investigaciones de Caral y Huaca San Marcos, por ejemplo, han podido subsistir por la comprensión de las autoridades de la Universidad y de los gobiernos locales de las Municipalidades de Supe y Barranca. Pero cuanto más podría haberse avanzado de contar con un mayor número de obreros y con salarios para los arqueólogos dedicados a su estudio.

La investigación científica de los monumentos es una inversión a mediano plazo, los resultados beneficiarán a la población peruana en su conjunto, tanto en los aspectos de identidad y autoestima social, necesarios para un desarrollo sostenido, como en los ingresos económicos, generados por el turismo.

Ver a los monumentos como medios exclusivos de obtención de ganancias está llevando a que continúe la pérdida de éstos y a que se prioricen aspectos de segundo orden, como son los servicios, hoteles, paradores turísticos, restaurantes, etc. Estos son necesarios pero cuando ya ha sido atendido el objeto mismo del turismo y en ningún caso deben reemplazarlo. Para el logro de los fines que se requieren, se hace necesario que el país de nuevo rumbo a su política en los sectores de cultura y turismo; de lo contrario continuaremos esperando los mismos problemas en detrimento del desarrollo que se pretende y que nos merecemos los descendientes de tan importantes nacionalidades.

Conjugando varios de los objetivos expuestos, el Museo presenta este nuevo número de *Arqueología y Sociedad* con valiosas contribuciones al conocimiento de sociedades y culturas, que antes como ahora han invertido sus mejores esfuerzos en este país. Cabe señalar que algunos de los autores son jóvenes profesionales, dedicados con mucho sacrificio a la investigación, pues deben compartirla con otras actividades laborales.

El mayor énfasis en las etapas del Arcaico Tardío y Formativo se debe a que este número recoge algunos de los informes presentados en el simposio internacional: *Los Orígenes de la Ciudad en el Perú Prehispánico*, que tuvo lugar en Lima, entre el 6 y 8 de agosto de 1998, y al creciente interés fomentado por los resultados de las investigaciones del Museo en Caral y el valle de Supe, cuna del origen de la civilización en el Perú y escenario de la formación del estado prístino. El artículo de Shady, Dolorier, Montesinos y Casas pone en evidencia los varios centros urbanos con edificaciones monumentales de Supe, que no se esperaban para el Arcaico Tardío y se analizan, en una perspectiva amplia, las condiciones diversas que hicieron posible tan precoz desarrollo social. Este enfoque es complementado por Ruth Shady con su informe sobre el *Sustento Socioeconómico del Estado Prístino de Supe*, donde se enfatiza la importancia del algodón y las redes de pesca en las actividades económicas de agricultores y pescadores y el rol que tuvo la especialización ocupacional en la interacción de las comunidades de ese valle y en el intercambio con otras sociedades regionales en el área norcentral. La autora destaca, asimismo, los distintos niveles de desarrollo de las sociedades andinas y la dinámica generada en el área norcentral, una de las condiciones que habría contribuido al desarrollo

civilizatorio. Se hace hincapié en el papel del comercio y la forma de organización social. El artículo de Phillippe Béarez y Luis Miranda llama la atención respecto de la selección preferencial que hicieron los pobladores de Caral, Supe, de anchovetas y sardinas, entre la diversidad de especies existentes en el mar peruano y su adquisición a través del intercambio con pescadores. El trabajo de los esposos Pozorski ubica en el Formativo Temprano, alrededor de 1500 años, a.C. el desarrollo de la sociedad compleja en el valle de Casma, con antecedentes en las comunidades pesqueras de Huaynuná, Tortugas y Las Haldas. Las sociedades de Casma durante el Formativo Temprano habrían reemplazado en prestigio y poder a las primigenias sociedades complejas de Supe. El informe de Makowski acerca de Çatal Hüyük tiene por objetivo hacer una reflexión comparativa sobre los modelos que vienen usando los investigadores que tratan el problema del surgimiento del urbanismo en el territorio andino. El presenta una hipótesis polémica, que los lectores podrán confrontar con las evidencias arqueológicas presentadas en este mismo volumen.

Hemos incluido, también, una primicia sobre los primeros exponentes del arte rupestre de Acobamba, Huancavelica; esperamos que el investigador Arturo Ruiz consiga el apoyo económico necesario para que el registro de este importante testimonio pueda ser completado en un futuro cercano, a la par que las excavaciones necesarias para su adecuada afiliación cultural y ubicación temporal.

Sobre el período de Los Desarrollos Regionales presentamos: el artículo de Juan Paredes con una evaluación del conocimiento alcanzado sobre la cultura Lima del valle bajo del río Chillón; se pueden apreciar nuevos datos sobre la arquitectura de los sitios arqueológicos, el patrón de establecimiento que caracterizaba a esta sociedad, su sistema económico; así como algunas inferencias sobre la organización social y política. El artículo de Lidio Valdez plantea la existencia de una tradición cultural local en Acarí, a la cual llegaría la

influencia de la prestigiosa cultura Nasca y permite notar la necesidad de reevaluar las relaciones entre ambas sociedades.

La ocupación Inca en Cantamarca, Canta, de Carlos Farfán aporta importante información sobre las características de las expresiones culturales inca en el área central, en base a la cual, nos alcanza, asimismo, sus gestivas interpretaciones sobre la política seguida por el Estado inca en la sujeción de uno de los señoríos de la sierra de Lima.

Finalmente, el tema antropológico es tratado en dos trabajos: uno de Luis Calderón, *Los kichua-lamistas del distrito de Wayku-Lamas, Tarapoto*, aporta interesantes reflexiones acerca de la coexistencia de este grupo nativo entre su tradición cultural en el contexto amazónico y la cultura foránea, «moderna». Dicotomía cultural que los nativos vienen procesando en la actitud de proteger su identidad pero a la vez evitar las marginaciones de los otros. El artículo de Luis Pajuelo analiza el texto de una muliza cerreña, obra literario-musical de Cerro de Pasco, desde la perspectiva histórico social, para comprender su significación y aceptación entre los pobladores de esa parte del país.

Como ha venido ocurriendo con otras actividades del Museo, este nuevo número de *Arqueología y Sociedad* no hubiera sido posible de no contar con el apoyo económico de la Universidad, a través del interés, que ha mostrado el señor Rector, Dr. Manuel Paredes Manrique, por el desarrollo de las investigaciones arqueológicas.

Reconocimiento especial merece la dedicación del editor, el antropólogo Carlos Leyva Arroyo, y de su equipo de trabajo, el lingüista Fernando Carbajal Orihuela y la diseñadora, Mercedes Pérez Medrano, quienes han plasmado su conocimiento, pericia técnica y arte en cada uno de los artículos de la revista que hoy ponemos a disposición.

Ruth Shady Solís